aquellos que le sirven; y para recibir de aquellos á quienes el mismo sirve.

El ministro fiel, por el contrario, teme á Dios, ama á los hombres, y se olvida de sí mismo; bajo su administracion se aumentan igualmente las virtudes y la prosperidad de los pueblos.

El es el mediador entre el rey y el pueblo, no busca el favor de uno ni de otro, el no es esclavo sino de su deber.

Cuando se borra ó disminuye la independencia del carácter en un pueblo, cuando el interes personal gobierna todas las acciones de la vida, es una señal infalible de que malos ministros están á la cabeza de los negocios, y que el oro y el espionage son los grandes resortes de su gobierno.

Un espíritu público bien compacto y bien pronunciado, una adhesion igual á sus derechos y á sus deberes, y un santo amor para todas las funciones de la vida social, son las señales de una buena administracion.

XXXIV.

A los embajadores.

Pueblos, abrid los ojos para no ser engañados, y estad atentos á los pasos y movimientos de los embajadores; porque las naciones estrangeras no os conocen frecuentemente sino por ellos.

La diplomácia, que debería ser la conversacion y el entretenimiento de los pueblos entre sí, ha venido á ser el espionage de las córtes; y entre los diplomáticos aquel es mas hábil, que sabe corromper mas diestramente, y mejor mentír.

¿Qué haceis, enviados de los reyes y de los pueblos, en el puesto eminente en que Dios os ha colocado? ¿Qué son en vuestras manos las altas funciones que se os han confiado?

¿Teneis vuestros dedos apoyados en el pulso de los pueblos, á fin de conocer y saber que es lo que les agita, les retarda ó les acelera? ¿Vais á mezclar vuestras súplicas con su fé en los templos donde se reune?

Espiais la inteligencia del sábio, el corazon del poeta, y el alma del artista, y os iniciais en los misterios profundos y solemnes del pensamiento humano? Seguis con atencion el movimiento de la industria, para hacer á vuestro pais rico en luces y esperiencias de los paises estrangeros?

Ligados por medio de unos vínculos invisibles á una voluntad que os impele y os mueve á su gusto, vosotros hablais, y otros

piensan y quieren por vosotros. Os agitais, pero no obrais; porque el principio de vuestras acciones no está dentro de vosotros.

Los embajadores corrompidos y malos han hecho pacto con la mentira. Ellos conocen el arte de ocultar una lágrima bajo una sonrisa, y echar una máscara de tristeza sobre las alegrias del alma.

Su mirada acostumbrada al espionage sabe maravillosamente entrar hasta lo mas íntimo de las almas, aparentando estar descuidado y desocupado.

Sus lábios egercitados en el doblez se acomodan dócilmente á las vueltas y revueltas de su espíritu; y su pensamiento puede nadar invisible mucho tiempo bajo las aguas de un rio de palabras, como los mas diestros buzos.

Ellos conocen la ingenuidad de la mentira, y saben dar á la astucia la mas profunda, un aire de candor y de simplicidad.

En las tertulias brillantes, teatro de sus comisiones, la verdad es tenida por nada; la conciencia está sin freno, el corazon sin regla, y la palabra humana no es mas que un juego donde aquel que miente mas, está seguro salir victorioso.

Allí la mentira responde á la mentira, la sutileza llama á la astucia, la artería lucha contra la perfidia, los términos del lenguage humano no tienen sentido alguno, y el hombre no cree ni aquello que oye, ni aun aquello que el mismo dice.

El espionage de los retretes les está confiado; y se les busca pobres de sentimientos y de pensamientos, pero ricos en vanidades y atractivos para atacar la virtud de las mugeres y poner lazos á sus sonrisas.

Si es necesario descubrir el pensamiento, largo tiempo espiado y no comprendido, de un ministro demasiadamente profundo y disimulado, ellos seducirán á la muger que ama para ver si encuentran en sus lábios ó en su corazon algun vestigio del secreto que buscan.

El amo que les paga, les contará como otros tantos trofeos, los corazones que hubieren mancillado; del mismo modo que los gefes de armas entre los bárbaros pagan á sus soldados las cabezas de enemigos que cortan; y aquel que hubiere rendido la virtud de mas mugeres estará seguro de un rápido adelantamiento.

Tales son, ¡ó Dios mio! los hombres á quien están confiados los mas amados intereses de vuestros pueblos, y que debian hacer la paz y la armonía de vuestra familia uniendo todas las naciones en un mismo interes, como vuestra iglesia los une en una misma fé.

No es así el embajador cuyo corazon es recto, cuyas inten-

ciones son puras, y cuya conciencia está bien arreglada; las bendiciones del cielo y el reconocimiento de los pueblos le están esperando.

El es sobre la tierra una imagen del mediador que ha redimido al mundo; el continúa la obra de la redencion, sirviendo como de lazo y vínculo entre los intereses y las esperanzas de las naciones.

El es entre los pueblos estrangeros, como el reflejo de la gloria de los pueblos que representa. Su conducta sin tacha y su noble carácter disipan las preocupaciones desfavorables á su pais que el tiempo habia arraigado, y dispone los estrangeros á la benevolencia, á la admiracion, y al amor.

Su ministerio es un sacerdocio de conciliacion y justicia; el está como un juez de paz entre los pueblos, y es el árbitro de las diferencias que les dividen.

Su palabra hace inútil la voz mortífera del cañon; y su mediacion pácifica, previniendo la guerra siempre desastrosa, economiza á las madres muchas lágrimas, y muchas desgracias á su pais.

Si dos pueblos, no pudiendo estar acordes en algun asunto, sacan la espada el uno contra el otro, y hacen que la fuerza sea el solo y único árbitro de sus derechos, el embajador estiende sus manos, y hace que se abracen mútuamente en su corazon.

El está entre las naciones como una señal de paz y de amor; y en tanto que le ven en medio de ellas, se dicen asi mismas: esperemos; porque la señal de paz y de esperanza todavia permanece entre nosotros.

Su ausencia llena de tristeza á las hermanas, y de consternacion á las madres; porque donde no está el embajador, el cielo se cubre de nubes y de gruesas tempestades.

Mas cuando, despues de una guerra larga y desastroza, aparece en un pueblo, su presencia es saludada como los primeros rayos de una hermosa aurora, y como un presagio dichoso de un dia lleno de calma y serenidad.

Su nombre protege á sus compatriotas contra la injusticia y la arbitrariedad; el humilla y abaja las barreras que separan á los pueblos, y les recuerda que son hermanos.

La inviolabilidad de su asilo cubre y protege los derechos de su pais; y sus conciudadanos, entrando en su casa, creen volver á hallar su patria

El no se cree el hombre de un hombre, sino el hombre de todo un pueblo; y esto mismo dá á todos sus movimientos y acciones cierta facilidad, que la independencia solamente puede producir.

Los estrangeros le estiman, sus compatriotas le honran; y es amado de todos aquellos que han reclamado su ministerio, ó invocado su benevolencia.

XXXV.

A los sacerdotes.

¡Que bellas son las manos del sacerdote que anuncia el perdon, cuando las estiende sobre el pecador penitente para absolverle!

¡Qué augusta es la voz del sacerdote que publica la remision, cuando dice al pecador humillado: yo te absuelvo.

¡Qué grande es, cuando su alma esparce la misericordia, y cuando los perdones emanan de su corazon!

¡Qué poderoso es, cuando á la señal de su mano Dios y los ángeles descienden á la alma del pecador! ¡qué fuerte es, cuando ahoga en el corazon del culpable el pecado y los remordimientos con todas sus amarguras penetrantes, para hacer allí florecer la inocencia con su dulce reposo y su casta tranquilidad!

¡Qué bueno es, cuando bendice al pecador, porque ha pecado; cuando el pecador le dice: padre mio; y el le responde: hijo mio!

¡Qué glorioso es, cuando su caridad cae de plano sobre el pecador perdonado, como la aguila sobre su presa; y cuando lleva su corazon hácia lo eterno, donde él mismo ha dispuesto sus deseos y sus súplicas.

¡Qué triunfante es, cuando alegra á Dios, á los ángeles y á los santos con la conversion de un pecador, y cuando el cielo todo entero se dilata con una sonrisa de alegria y de amor!

¡Qué admirable es, cuando ofrece su corazon por apoyo al hombre que se siente desfallecer; cuando estiende su mano al débil que vá á caer; cuando derrama sus palabras y sus súplicas sobre el alma que está para marcharse!

¡Qué rico es, cuando su alma se enriquece de los tesoros de iniquidad de un pecador; y cuando por cada pecado que se le dá, el vuelve una lágrima, un consejo, un acto de amor, y un perdon!

¡Gloria al sacerdote, porque el tiene el perdon! ¡bendito sea para siempre, porque Dios le ha hecho el limosnero de sus misericordias y de su amor!

Vuestro espíritu, ¡ó Dios mio! es un espíritu de dulzura y de caridad, y vos le inspirais á todos aquellos á quienes comunicais vuestro poder.

Vos revestis á vuestros ministros de vuestra misericordia, é imprimis vuestra caridad en su alma; y este es el carácter por el cual el mundo les conoce.

Si algun sacerdote no ama al pecador, no debe entrar en el santuario. Si se admira del crímen ó se impacienta contra la debilidad, no debe acercarse á el altar.

Si su boca no tiene palabras de consuelo para el culpable; sí sus ojos no tienen lágrimas para sus faltas; si sus manos no tienen perdon para sus crímenes; no debe tomar sobre sí el poder y la justicia del Señor, cuyo poder y justicia es todo amor y misericordia.

La severidad del sacerdote desanima al pecador; y su rigor multiplica los pecados, y aparta á los pueblos del servicio de Dios.

La dureza del sacerdote despedaza los corazones, y su ignorancia de las misericordias de Dios pierde las almas.

¿A donde irá el pecador si le repele el ministro del perdon? ¿Qué hará el pecador, si el tribunal de Dios es severo como la justicia de los hombres?

El infierno está cerca del tribunal del sacerdote sin misericordia, y el pecador, á quien el repele, cae allí como de sí mismo.

El orgullo endurece el corazon del secerdote contra el pecador; y se admira de las faltas de aquel que se acusa, porque no se humilla delante de Dios.

La indulgencia para consigo mismo le hace severo con respecto á los demás; y las debilidades que el hombre se perdona mas facilmente, son las que condena con mas rigor en otro.

La facilidad de los sacerdotes aumenta los pecados, y su severidad dismiduye la fé.

Los sacerdotes demasiado fáciles corrompen los pueblos, y los sacerdotes demasiado severos hacen los pueblos impíos é irreligiosos.

Ministros de Cristo, no seais avaros de misericordia, y no tengais el perdon como cautivo en vuestras manos; antes bien derramadle con abundancia sobre el pecador que se acusa.

No humilleis al que se humilla, no sea que acuseis de mentira á vuestro maestro, que dijo: el que se humilla será enzalzado.

La mano del médico que cura las heridas debe ser ligera, no sea que se enconen y se hagan incurables.

Cuando el pecador os dice: padre mio, bendecidme, porque yo he pecado: no le maldiscais; y cuando se acusa, no le condeneis.

Vuestra alma debe vivir de súplicas y de fé, y el alma del pecador se derretirá como la cera bajo vuestra palabra.

Conservad todo el dia el divino perfume de que vuestra alma

se ha impregnado desde la aurora, y embalzamareis á todos aquellos que se acercarán á vosotros.

No empeñeis vuestros pensamientos y vuestras esperanzas en el laberinto de los acontecimientos humanos, porque las sendas estrechas y torcidas del mundo no convienen á la alma grande y recta del sacerdote.

El sacerdote vive en la atmósfera del cielo, y el aire pesado de la tierra le es funesto y mortal.

Si un gigante quiere ponerse los vestidos de un enano, los desgarrará por ser demasiado estrechos para el; si el sacerdote quiere introducir su alma en las combinaciones estrechas de la política, el conocerá que no le están bien, porque el es demasiado grande para ellas.

El pájaro no sabe andar sobre la tierra, porque ha sido hecho para volar; y el sacerdote no sabe gobernar las cosas terrestres, porque le han sido confiadas las del cielo.

Dios entrega al desvario el espíritu del sacerdote que pone su mano en las cosas del mundo, para que el mundo conozca que la vocacion del sacerdote es mas alta y mas santa.

Cuando el sacerdote pone la mano en el cetro, y cuando el rey toca el incensario, la iglesia y el estado padecen, y el mundo marcha hácia atras.

¡Desgraciado el sacerdote que no ruega! es un lobo en el redil, y el rebaño será destruido.

Los pecados del sacerdote son poderosos, porque se fortifican con el sacrilegio; y su iniquidad crece estraordinariamente, porque la sangre de Cristo la rocía y la nutre todos los dias.

Y la maldicion entra en su alma con el pan místico del altar, y la reprobacion entra en su cuerpo con el licor divino del caliz.

Y el cuerpo de Cristo guarda su cuerpo para el infierno, y la sangre de Cristo guarda su alma para la muerte eterna.

Dios crucifica su espiritu á las espantosas certidumbres de su fé y clava su corazon á los terrores del porvenir.

Sus pensamientos son remordimientos, sus afectos son pecados, su fé es un berdugo, su oracion es una blasfemia, y toda su vida no es otra cosa que un aprendisage del infierno.

Y en su boca las hermosas súplicas de la iglesia son como la parladuria de un embaucador; y sus piadosas solemnidades son para él como la ostentacion y vanidad de un charlatan.

Y el bien es mal para el, lo sagrado le és sacrílego, la vida le es muerte, y él mismo se envenena con la sangre de Cristo.

Su vida está llena de turbacion, su pasado lleno de remordimientos, su porvenir lleno de terrores, su presente lleno de ini-

quidades, su muerte llena de angustias, y su eternidad llena de desesperacion.

¡Desgraciado el sacerdote que hace y se forma un hábito esterior de las funciones de su ministerio! porque el tal se fastidiará de Dios, y sus acciones serán sin fruto.

El sacerdote esclama: ¡el mundo! ¡el mundo! y el tiene el mundo en su corazon: esto es una grande miseria y una grande ceguedad.

El sacerdote recuerda sin cesar los tiempos de la primitiva iglesia, y el no vive como los cristianos de entónces: esto es una contradiccion y una mentira.

¡Desgraciado el sacerdote que dice y no hace! porque será para muchos un objeto de escándalo.

¡Desgraciado, desgraciado el mundo por causa de los pecados del sacerdote! porque arrastrará muchos en su ruina.

Mas el buen sacerdote será colocado delante de los ángeles, y aquellos á quienes ha causado la salvacion le obsequiarán en el cielo.

Cuando Dios quiere castigar á un pueblo, le envia sacerdotes tibios y perezosos; y cuando quiere enzalzar á una nacion, multiplica en ella los sacerdotes de fé y de oracion.

XXXVI.

A los obispos.

Cuando Jesucristo instituyó su iglesia, la formó segun el modelo de la del cielo; estableció ciertos grados, para que el hombre pudiese subir mas fácilmente hasta llegar á el; en cada uno de estos grados puso hombres revestidos de su poder; y cuanto estos grados se acercan mas á el, tanto mas estenso es el poder que comunica.

En la iglesia de Dios hay siete grados, y cada grado es representado por un órden; sobre la tierra hay siete órdenes, como en el cielo hay nueve coros de ángeles; y los órdenes que componen la gerarquia de la iglesia, son como los coros de los ángeles de la tierra.

En la iglesia hay templos; en los templos hay un altar; en este altar se cumplen misterios inefables; y en el tabernáculo que está sobre el altar hay, bajo la forma comun de pan que comemos todos los dias, cierta cosa de divino que los ojos no pueden ver que la mano no puede tocar, que el espíritu no puede comprender, y que escapa á todos nuestros sentidos á fin de no ser sencible sino á nuestro corazon.

Y el tabernáculo del altar es el asilo de todas las alegrias del alma, el foco de todas las luces del espíritu, la fuente de todos los santos amores del corazon, la reunion de todos los deseos piadosos, y el fin de todas las esperanzas: todos los pensamientos y todos los sentimientos que quieren volar mas arriba de la tierra, se paran allí un instante para descansar y tomar fuerzas, como el águila antes de perderse en las nubes, descansa en el aire sobre la cima inacesible de una roca.

Allí los hombres encuentran á los ángeles, y hablan con ellos de las felicidades del cielo; allí los llantos del destierro se unen á las alegrias de la patria, y las alegrias del cielo se unen á los dolores suplicantes de la tierra; allí los recuerdos de los que ya no ecsisten encuentran las esperanzas de los que todavia viven; allí las amistades se purifican, las pasiones se refinan, los ódios se borran, los pensamientos se elevan, los corazones se ensanchan para conceder paso á la inmensa caridad que alli hábita; allí las almas se abrazan, los ángeles del cielo y los ángeles de la tierra se enlazan con osculos santos; y el hombre embriagado de delicias y de amor duerme sobre el corazon de Jesus y de la iglesia: aquel es el lugar mas elevado de la tierra, un paso mas alto es el cielo.

Estos siete órdenes conducen al altar, y están ocupados al rededor del tabernáculo; y á proporcion que estos mismos órdenes se acercan mas á dicho tabernáculo, mas se multiplica el poder: el último grado tiene tan grande estension, que es preciso se divida en dos para llenar debidamente todas sus funciones; y por esta razon el septimo grado comprende á los sacerdotes que tienen una parte del sacerdocio de Cristo, y á los obispos que tienen la plenitud.

No hay sacerdocio donde no hay tabernáculo ni sacrificio, y los que han negado el sacrificio han negado el sacerdocio: para estos el templo no es mas que una casa ordinaria, los sacerdotes no son mas que hombres, y segun ellos el corazon no puede participar en el altar ni del sacrificio ni de los santos ofrecimientos de la caridad.

Los obispos son los querubines de la iglesia; estos son, los que colocados mas cerca del corazon y del espíritu de Cristo, toman alli la luz y el amor y lo distribuyen á los sacerdotes, para que estos por toda la tierra alimenten las almas que tienen hambre de fé y de caridad.

Y los obispos se llaman así, porque colocados en un grado emi-